

RAFAEL LAFFON EN EL RECUERDO *

por JOAQUIN CARO ROMERO

«La presencia en esta ilustre Corporación de quien ahora tiene el honor de dirigiros la palabra débese, por muchos modos, a una grande gentileza vuestra. Una gentileza a la que firme y largamente quiero obligarme, pues, si como dijo el *Príncipe de los Ingenios Españoles*, «de desagradecidos está lleno el infierno», menos que por otro alguno quisiera yo ser el condenado por pecados de ingratitud».

Con estas palabras comenzaba don Rafael Laffón, el 16 de mayo de 1943, su discurso de ingreso en esta Real Academia de Buenas Letras.

Yo no podía imaginarme que el 2 de febrero de 1979 —a los tres meses de la muerte del poeta— esta Academia, entonces bajo la dirección de don Faustino Gutiérrez-Alviz, me iba a llamar para cubrir su vacante.

El discurso del señor Laffón estuvo dedicado a «Espronceda y Bécquer: Dos romanticismos», y fue contestado en nombre de la Corporación por el preeminente don Fernando de los Ríos y de Guzmán, sobrino de doña Blanca de los Ríos, nacido en Sevilla nueve años antes de don Rafael. Don Fernando tuvo una existencia azarosa y desgraciada. Yo llegué a tratarle de una manera muy superficial al

* Texto leído el 2 de junio de 1995 en la sesión pública conmemorativa del Centenario del nacimiento del poeta don Rafael Laffón Zambrano por el Académico D. Joaquín Caro Romero.

final de su vida, en Alcalá de Guadaíra, de donde el poeta y pintor era cronista oficial.

Desde aquel mayo de 1943 hasta 1975 en que el Boletín de nuestra Academia recogió un curioso original inédito del primer Laffón —«posiblemente la más remota creación del poeta»—, don Rafael fue un académico ejemplar y preeminente, llegando a ocupar diversos cargos en la Junta de Gobierno de esta Academia, como el de secretario segundo o el de vicedirector.

Rafael Laffón fue llamado a esta Docta Casa para cubrir la vacante de otro poeta: don Tirso Camacho y Martínez-Carrasco, que era «natural de Cieza, en Murcia, y Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid».

Tirso Camacho —nos contaba Rafael Laffón— «sirvió destinos administrativos en remotas tierras coloniales, pasando luego a ser funcionario público del ramo de Hacienda, en donde alcanzó elevadas jerarquías e indiscutible autoridad por su competencia y acrisolada honradez, terminando sus días en Sevilla, en medio de la respetuosa consideración y el afecto de todos. (...) Tirso Camacho supo hermanar —difícil hermandad— la árida labor del funcionario con el trato y cultivo de las Musas. (...) Logró preciados galardones en numerosos certámenes poéticos: Murcia, Cartagena, Alicante, Toledo y Sevilla».

La obra poética de Tirso Camacho no es desconocida para mí, pues conservo en mi biblioteca un raro ejemplar de su primer libro de poemas —que trae una dedicatoria autógrafa y algunos versos corregidos por su puño y letra. El libro vio la luz en Murcia en 1908 y revela a un interesantísimo poeta hoy en el olvido más absoluto. Un poeta de rico vocabulario y destreza en el oficio. La obra poética de Tirso Camacho es la de un clásico del XIX con todas las perfecciones y limitaciones de su talento creador. En vísperas del primer manifiesto futurista de Marinetti y después de «Soledades, galerías y otros poemas», de Antonio Machado, la poesía de Tirso Camacho es una prolongación de la lírica decimonónica. Camacho, al que Laffón vino a sustituir en esta Academia, sentía debilidad por Echegaray y por aquel poeta, filólogo e historiador venezolano que se llamó Rafael María Baralt, quien por cierto residió algunos años en Sevilla, como funcionario del Gobierno Político de la ciudad. Baralt, autor de un polémico «Diccionario de Galicismos», encontraba galicismos por todas partes. Tantos que Vital Aza, un ingenioso sainetero y poeta festivo de la época, reaccionó con un gran sentido del humor al decir:

«Yo estudio mi idioma en vano
y no tengo inconveniente
en confesar francamente
que no escribo en castellano.

Pues sin brújula y sin tino
desde que a Baralt leí
yo no sé, ¡pobre de mí!,
si escribo en francés o en chino».

Sentadas estas premisas, vengo a querer decir que la incorporación de Rafael Laffón al seno de esta Academia significó un importantísimo relevo. Con Rafael Laffón entró en la Academia el posmodernismo, el versolibrismo, los experimentos vanguardistas y un neobarroquismo de la mejor factura. Con Rafael Laffón la Academia se alejó de la poesía del siglo XIX y abrió sus puertas a una voz de acento contemporáneo.

Laffón producía con la técnica cristalina de la estalactita. Esto insinúa claramente el esfuerzo, la destreza y la paciencia, conjugando, actualizando la tradición con lo novísimo. Porque los valores tradicionales no siempre son estables ni dogmáticos. Están inmersos en la realidad y la comparten. Son clarividentes, no ilusorios; evolucionan.

Enuncio sinceramente que leyendo a menudo los versos de Laffón he llegado a compartir, convencido, un criterio de Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón se preguntaba: «¿En qué nos aventajan los llamados clásicos a nosotros? ¿En qué bellezas han ido más cerca de la belleza esos clásicos? ¿Qué clásico tiene mayor número de poemas hermosos que nosotros? Hoy se nos exige que la última coma de cada poema sea como lo mejor de Fray Luis, de San Juan, de quien quiera que sea, para decir que quizás valgan la pena de leerse. ¡Qué injustos son nuestros contemporáneos con nosotros, y sin aprendernos más que a saltos! ¿Qué se cita de Lope o de Quevedo? Diez o doce poemas y siempre los mismos. ¿Y quién lee hoy las «Nuevas musas» de Quevedo, que guarda el depósito de cadáveres del Rivadeneyra, por ejemplo?».

En Sevilla —y fuera de Sevilla— no se han enterado que estamos en el año del centenario del nacimiento de Laffón. Recientemente me escribió desde Madrid el poeta y crítico Luis Jiménez Martos, director de la Colección Adonais, viejo amigo de Laffón y correspondien-

te de esta Academia, para que yo le confirmara lo del centenario, pues él creía que don Rafael nació en 1900, como aparece en la solapa de sus libros. Estos equívocos de fechas no son infrecuentes en las letras y en las artes, aunque no con la abundancia de los artistas del celuloide, la canción o el toreo. El matador de toros Curro Romero, por ejemplo, aparece en el Cossío con dos años menos. El gran investigador becqueriano Dionisio Gamallo Fierros tiene un libro con las partidas de nacimiento de escritores que motivaron dudas cronológicas. Y el profesor Mario Méndez Bejarano, en el primer tomo, publicado en 1922, de su «Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia» ya da la fecha exacta del nacimiento del poeta: el 20 de abril de 1895.

El poeta ve la luz primera en una calle que hoy lleva el nombre del fundador del Ateneo: Manuel Sales y Ferré, en la «entonces calle de la Vinatería, número 11. Una casa frontera al callejón de la Gorgoja, donde viniera al mundo Velázquez. Quizás los primeros honores que, por «aproximación», la vida me hizo, fueron éstos», declararía el poeta. Un barrio sosegado, holgado, luminoso, limpio... Antaño apartamento morisco, llamado el Adarvejo, que se demolió en parte y se ensanchó a principios del XIX. Ni burgués ni decididamente popular. Un barrio «de buenos modales», cabría decir».

Laffón es bautizado en la misma pila que el pintor, en la parroquia de San Pedro, donde comienza la calle donde yo nací y vivo. Su padre, don José Manuel, era médico y fue —qué casualidad— amigo de la novia sevillana de Bécquer, Julia Cabrera. Su madre, doña Victoria, fue la inspiradora de uno de sus más hermosos poemas de senectud.

Para otro Laffón se abrirían antes las puertas de esta Academia: para el señor Amante Laffón y Fernández, que ingresó en 1889, cuando nuestro poeta aún no había nacido.

Laffón fue un niño de salud frágil, que hace sus estudios primarios en los Escolapios y también parte del bachillerato, que termina en el hoy denominado Instituto de San Isidoro. Parece que al referir la etapa estudiantil de Rafael Laffón estoy refiriendo la mía, pues yo estudié en el mismo colegio y en el mismo instituto. En el Instituto conoce a la mujer de su vida, Dolores Sánchez de Medina y Ayala, compañera de estudios, que «era natural de Ronda, pero vivía en Sevilla», según le confesó al periodista Francisco Amores en el verano de 1972. (Otra semejanza: Mi mujer también nació en Ronda.) El poeta estudia Derecho y Filosofía y Letras, licenciándose en la pri-

mera carrera y abandonando la segunda para casarse e ingresar en el Instituto de Seguridad Social, previa oposición a la plaza de funcionario. En 1914 publica sus primeros poemas en las revistas «Bética», «Alma Mater» y «Nueva Andalucía». Fue uno de los fundadores de la revista «Mediodía» en 1926, pero antes, en 1921, publica su primer libro, «Cráter», que lleva el subtítulo de «Versos de ingenuidad y violencia». Su obra siguiente, que sale en 1924, es una novela corta, «Maternidad». En 1925 contrae matrimonio con la musa de su adolescencia, porque la mejor musa es la de carne y hueso, como dijo Rubén Darío. La primavera de 1949 es la más dramática de su existencia, pues pierde a su mujer y a su madre. Don Rafael se queda solo con la literatura y su único hijo, José Manuel, que cuenta entonces 21 años de edad y no tardaría en licenciarse y doctorarse en Medicina, especializándose en Pediatría.

Laffón, que en 1927 había obtenido el premio «Gutierre de Cetina» de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, es premiado en 1945 con la Flor Natural en los Juegos Florales del Ateneo hispalense, que tres años más tarde le vuelve a premiar por su «Cantar del Santo Rey». Ese mismo año de 1948, su libro «Romances del Santo Rey» obtiene el Premio del Poesía del Certamen Literario convocado por el Ayuntamiento con motivo del VII Centenario de la conquista de Sevilla. San Fernando es para Rafael Laffón su *héroe tutelar*. «Parejamente a su santidad —declaró por entonces—, creo que vive como un mito heroico de nuestro folklore, en nuestra sentimentalidad, en el aire de Sevilla. Algo como nuestro Cid a lo divino».

En 1959, Rafael Laffón recibiría su máxima recompensa: el Premio Nacional de Literatura, por su antología poética «La rama ingrata». Laffón es el único poeta sevillano que sin moverse de su ciudad natal recibe el Nacional de Literatura, hecho bastante significativo de la trascendencia de su obra, que traspasa las fronteras localistas y va más allá de las nacionales. Laffón siempre fiel a sí mismo y a sus principios no se desplaza a Madrid a recoger el Premio. Encarga a un amigo que reside en la capital de España que lo recoja en su nombre, aduciendo elegantemente motivos de salud.

Una de las cosas por las que Rafael Laffón se sentía más recompensado no eran los premios, las buenas críticas a su obra o su inclusión en selectas antologías, sino el verse traducido a otros idiomas. Está traducido al francés, al inglés, al alemán, al italiano, etcétera. Y a veces sus amigos y discípulos gozábamos, por su mediación, del tal honor. Acababa yo de ganar el Adonais cuando mis versos, por reco-

mendación del maestro, fueron incluidos en una antología de poetas sevillanos que vio la luz en Roma en 1966, traducidos por el profesor Vincenzo Josia.

Don Rafael Laffón fue un modelo, un maestro que con su aliento protector y estimulante hizo fermentar y fecundar muchas promesas de juventud hasta consagrarlas en realidades. Mi caso, modestia aparte, podría servir de ejemplo. Ya he confesado en alguna que otra ocasión que sin el magisterio, el mecenazgo y la amistad de don Rafael Laffón acaso me hubiera extraviado por el bosque de la literatura. Permítanme confesar, a título anecdótico y humanísimo y, sobre todo, como prueba de la generosidad y el espíritu protector del maestro hacia los jóvenes, que este patricio de arpa y laurel llamado Rafael Laffón, sufragó de su bolsillo las ediciones de mis dos libros iniciales de versos. (Tenía yo 19 años cuando el primero vio la luz.) Y dejando abierta la jaula de la memoria, aún diré más: Cuando yo gané mi primer premio literario, el Premio «Sánchez Bedoya» de la Real Academia Sevillana de Buenas, cuatro o cinco de las diez décimas del poema galardonado las escribió el propio don Rafael y, por si fuera poco, mejoró la otra mitad del texto. Así era Laffón con sus discípulos. Al menos, así era conmigo.

Y a propósito de este Premio voy a referir una anécdota que nunca he contado. No había cumplido yo los veinte años cuando me presenté al certamen «Sánchez Bedoya» de poesía de esta Academia, un preciado galardón que, instituido en el año 1923, tuvo medio siglo de existencia y fue ganado en dos ocasiones por el gran poeta Adriano del Valle, quien, por cierto, era solo tres meses mayor que Laffón. Yo he participado en pocos premios en mi vida literaria, pero con bastante suerte. Desde hace un cuarto de siglo no intervengo en ninguno y siempre me resisto a formar parte de un jurado. Pero con la moral, la ambición y la confianza de los veinte años no cumplidos era otra cosa. Mi valedor máximo en la Academia —no hace falta decirlo— era don Rafael Laffón. Pero también contaba a mi favor con don Francisco López Estrada, don Juan Rodríguez Mateo, don Carlos García Fernández, en fin, con todos los especialistas y profesionales en Literatura de la Academia. Además, pese a la gran diferencia de edad, conocía a casi todos los miembros de entonces de esta Corporación, que me trataban con afecto y simpatía, como a un futuro colega: don José Sebastián y Bandarán —que me vaticinó que algún día ingresaría en esta Casa—, el inolvidable padre don Francisco de la Hoz, don Francisco Blázquez Bores, don José Montoto, don

Gabriel Sánchez de la Cuesta... No cito a don José Acedo Castilla —hoy felizmente entre nosotros— porque no puede guardar memoria de aquel evento que voy a narrar, sencillamente porque aún no había ingresado en la Academia (ingresaría tres años después).

Bien. Retomemos el hilo. Yo estaba convencido de que el premio iba a fallarse a mi favor. La tarde del fallo, una tarde fría de finales de noviembre, echo a andar por la calle Alfonso XII. Me cruzo con el poeta Aquilino Duque, que iba en dirección contraria. Aquilino no me conocía, pero yo a él sí. Una mirada de admiración y cada uno a lo suyo. Aquilino iba en dirección a la Campana. Yo, hacia la plaza del Museo, donde entonces radicaba la Academia, un sitio del que guardo muy vivos y hermosos recuerdos. Me senté en un banco de la plaza a esperar que saliera don Rafael con la buena noticia que esperaba. Les repito que aún no había yo cumplido los veinte años y la vida me había tratado bien. La Academia mantenía sus puertas abiertas. La cosa se demoraba. Por fin, empezaron a salir los señores académicos. Desde mi privilegiado observatorio los veía sin que ellos me vieran. Ocho, diez, quince... Pero de don Rafael ni rastro. ¿Qué habría pasado? Aquello comenzó a inquietarme. Me levanté del duro banco y me dirigí a una cafetería de la Puerta Real en busca de un teléfono para conectar con Laffón, que vivía entonces en Heliópolis, en la calle Chile, donde tantas veladas compartí con él. El propio don Rafael descolgó el teléfono.

—Joaquín —me dijo el maestro—, estoy indignadísimo. El premio ha sido para el partenaire de Marifé de Triana.

—¿Quién dice usted, don Rafael? —le pregunto.

Don Rafael me dice el nombre:

—Sí, el letrista que le escribe las canciones a Marifé de Triana. ¡Cosas de Bandarán! Yo he abandonado el primero y con disgusto la sesión en cuanto se ha producido el fallo.

Laffón se llevó algún tiempo sin aparecer por la Academia para demostrar su descontento.

En noviembre del año siguiente, estando yo en Madrid para dar unas conferencias y lecturas poéticas, sonó el teléfono de mi habitación del hotel. Era don Francisco López Estrada, que me llamaba desde la Academia para comunicarme que había obtenido el premio «Sánchez Bedoya» por unanimidad con el mismo trabajo defenestrado el curso anterior.

Las aportaciones de Rafael Laffón a nuestra Academia han sido abundantísimas en los 35 años de su permanencia activa en la Cor-

poración. Intervino en muchos actos públicos, participó en los trabajos, misiones y deberes de la vida académica, pronunció memorables discursos de contestación a los de ingreso de don Juan Rodríguez Mateo, don Antonio Olmedo Delgado y don Francisco López Estrada.

Como se desprende de todo lo que he dicho hasta ahora, Rafael Laffón fue un hombre providencial en la vocación literaria de muchos alevines de poeta. El alimentó y puso en órbita la mía. Me ilustré y me formé a su lado. Hasta mi carácter y el suyo se identificaban. Eramos subjetivos, complejos, fatalistas, misántropos, pusilánimes. Ambos teníamos algo de niños ingenuos, de niños incomprendidos y solitarios. Nuestra Sevilla del buen recuerdo eran las incoherencias de un niño sensible. Pero no nos faltaba el sentido del humor. Don Rafael podía esgrimir argumentos demoledores, pero nunca se asomó a la poesía satírica. Yo, en cambio, sí. Yo he cultivado la sátira en mi poesía. Una parte la he publicado y otra la reservo inédita.

El profesor Cruz Giráldez ha puesto de manifiesto mi estrecha vinculación con el maestro, al considerar que «sin duda» yo he sido «el poeta de la promoción de finales de los cincuenta y comienzo de los sesenta que mayor grado de intimidad ha tenido con Rafael Laffón». «Frecuentemente le acompañaba y visitaba —refiere don Miguel Cruz—, siendo verdaderamente entrañable el afecto con que le distinguió el patriarca de las letras hispalenses en su venerable ancianidad».

Yo ejercí un poco de secretario suyo. Cuando en 1962 don Rafael se convirtió en altruista editor al lanzar sin subvención de ninguna clase las entregas de poesía «La Muestra», él figuraba como director y yo como secretario. Estando yo haciendo el servicio militar mecanografié por encargo suyo su libro «A dos aguas», nada menos que en la oficina de la Segunda Sección de Estado Mayor de la Capitanía General de Sevilla. No se pasaba tan mal en la mili y eso que yo tenía un jefe muy severo y riguroso, pero muy sensible bajo su ceño malhumorado, el teniente coronel Martín Cotano, quien por cierto, siendo gobernador militar de Badajoz se pegó un tiro cuando murió su esposa. Pero Rafael Laffón no se pega un tiro cuando muere su esposa, ni cuando a las tres semanas de la muerte de su esposa muere su madre. Lo que hace Rafael Laffón es ponerse a escribir su libro «Vigilia del jazmín», una de las elegías mayores de la literatura española.

Rafael Laffón, que ejerció generosamente la crítica literaria durante muchos años, fue un formidable escritor de cartas. Hombre educado y atento siempre y seguro servidor de sus amigos, tenía una

honda capacidad epistolar. Rafael Laffón se dejaba ver poco. O se dejaba ver cuando él quería. Tenía sus virtudes y sus rarezas, como todo ser excepcional. Sin que sus rarezas dejaran de ser virtudes. Ruiz-Copete escribió: «Hemos visto a Rafael Laffón —que ya es difícil— en no muchas ocasiones». Y Joaquín Romero Murube, amigo desde la juventud hasta la muerte decía: «Yo no he hablado nunca con Rafael Laffón más de cinco minutos seguidos. Pero sé que nuestra amistad se fundamenta en un larguísimo abrazo de comprensión, de admiración, de respeto... Admiración al poeta ejemplar en su constancia y logro contra el esquivo y diamantino secreto claro de la poesía. Y respeto por el hombre que riñe la elegante batalla de la soledad y del sufrimiento, con su tiránico fantasma interior que le llena de ceniza y de gloria».

Hombre tierno, obsequioso y hogareño, al final de sus días encontró fuente de inspiración en sus nietos.

Fue Rafael Laffón el primero que me habló con precisión y hondura de la «Epístola Moral», de Andrés Fernández de Andrada. A don Rafael le habían concedido entonces el Premio Nacional de Literatura y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla se celebró un importantísimo acto literario en homenaje suyo, donde yo, el más joven del cartel, con 19 años, intervine. Don Rafael estaba preocupado con la anunciada participación de un veterano colega, del que ignoraba si vendría en son de guerra o de paz. Laffón, en tono confidencial, me dijo que traía la «Epístola Moral», y la iba a glosar, si era necesario. No hubo necesidad, porque en aquella inolvidable velada no hubo ninguna voz discordante. El homenajeado expuso que la «Epístola Moral», que sea cualquiera la manera que tenga de articularse con la ideología del tiempo en que fue escrita, que sean cualesquiera las influencias que la informan, los principios renacentistas y humanísticos, trasciende, a mi entender, algo así como una emanación en la que se respira lo que se ha dado en llamar «la cuarta dimensión de Sevilla». Yo he leído la «Epístola Moral» muchas veces —confesó Laffón—, quizás más de mil veces, infinitas veces, y siempre, cada vez más, me saltó a la vista entre sus versos una especie de escorzo espiritual de nuestra vida sevillana íntima, una manifestación de algo que trasciende, digo, desde la habitualidad al fuero interno, sobre la corteza, a través de la piel de lo erudito; que trasciende y se orienta a dar nota aproximativa de una sensibilidad muy peculiar, de la sensibilidad del sevillano...».

Rafael Laffón, el «segundo Divino» de la poesía sevillana, como lo llamó Pablo García Baena, recogió y mantuvo la herencia de la «Epístola Moral»:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

...

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro;

que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: «Lo que desprecio he conseguido,
que la opinión vulgar es devaneo».

El sábado 4 de noviembre de 1978 —a la edad de 83 años y medio—, ese río de vida que fue Rafael Laffón fue a dar en la mar. Empleando palabras suyas, dejó «sal aquí de tierra,/ por la otra sal, la infinita». Y aquí se quedó, en Sevilla, donde siempre estuvo. Pero Sevilla, ay, o mejor dicho, las representaciones oficiales de Sevilla hacen a la ciudad un poco madrastra de sus hijos. Esto lo dijo antes que yo mi inolvidable don Joaquín Romero Murube en su libro «Discurso de la mentira». Hago mías sus palabras. «Con toda la admiración y el respeto que algunos artistas sevillanos nos han merecido por su excelsa labor literaria, desde este punto de vista siempre tendrán para nosotros una tacha. Triunfaron en Madrid y allí se quedaron. A Sevilla vienen solo en plan de turistas. A esos sevillanos que no viven entre nosotros les interesa solo la fiesta y lo excepcional; no el dolor, la paz, lo íntimo y consuetudinario». Y eso, el dolor, la paz, lo íntimo y consuetudinario es en donde Laffón tenía sus raíces. Qué bien lo supo ver nuestro viejo amigo el gran poeta Gerardo Diego en las dos décimas que le dedicó:

Blanca ebriedad de jazmín
colma sin favor de viento
este íntimo aposento
cerrado a cal y confín.

¿De qué remoto jardín
y por qué invisible grieta
violó la clausura asceta
de estas mis cuatro paredes?
Dímelo tú, salsipuedes,
laberinto de poeta.

Prodigio que tal me tañe
y luz que tanto me irisa
no son astucias de brisa
ni magia verde que engañe.
Pues sin que nadie se extrañe
de dentro surtió el clavel.
Huele a albahaca el papel
y a dompedro sevillano
cuando remueve la mano
un libro de Rafael.

Esta sesión pública de homenaje a Laffón iba a celebrarse el viernes 21 de abril, a los cien años y un día del nacimiento del poeta, pero hubo de ser aplazada por la muerte de un inolvidable compañero nuestro, don José Antonio Calderón Quijano, que Dios tenga en su gloria. Pero no he querido retocar el texto que tenía preparado y voy a terminar con las mismas palabras que iban a ser pronunciadas hace seis semanas.

Hoy, viernes, 21 de abril de 1995, hace cien años y un día del nacimiento de Rafael Laffón. Un queridísimo y siempre presente Rafael Laffón que nos falta sin haberse ido.

Hace cien años y un día,
cuando nació Rafael,
la rama ingrata, el laurel,
no quemaba, pero ardía.
Un eterno mediodía
me da cita intemporal.
Y recojo la señal
del maestro bien nacido
que me espera en el latido
de la Epístola Moral.